



www.loqueleo.com/ec

© 2010, Oswaldo Encalada Vásquez

© De esta edición:

2018, Santillana S. A.

Calle de las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Av. Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 238 1010

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-553-1

Derechos de autor: 004445

Depósito legal: 033823

Impreso en Ecuador por Poder Gráfico

Primera edición en Santillana Ecuador: Julio 2010

Primera edición en loqueleo Ecuador: Julio 2016

Sexta impresión en Santillana Ecuador: Septiembre 2018

Editora: Annamari de Piérola

Ilustraciones: Santiago Parreño

Supervisión editorial: María Tamariz

Corrección de estilo: María de los Ángeles Boada

Diagramación: Fernando de la Torre

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

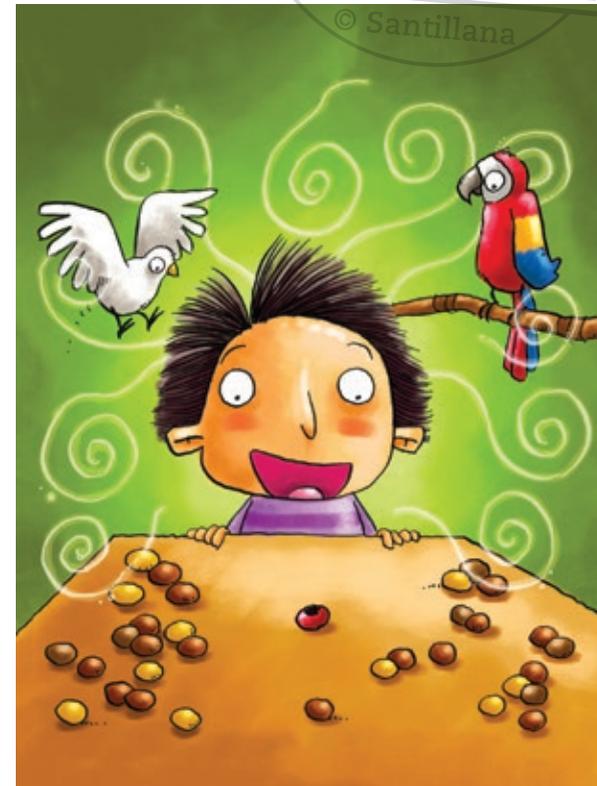
Muestra
promocional

El milizho

Oswaldo Encalada Vásquez

Prohibida
su venta

© Santillana



loqueleo



¿Qué es un milizho?

El milizho es la semilla del «búcare, árbol leguminoso de lugares tropicales, cuyos frutos rojos encendidos, y algunas veces mellados de negro, se utilizan para collares y otros usos de adorno. También lo emplean en medicina los curanderos y los brujos y algunas personas los conservan en sus monetarios como amuleto».

JORGE A. LIRA (Cusco, 1912-1984)

Índice

Muestra
promocional

Prohibida
su venta

© Santillana



El milizho 11

Biografía 55

Cuaderno de actividades 57



Esa mañana, Juan salió a la hora de costumbre. Llevaba a la espalda la mochila y, en el bolsillo del pantalón, algunos puñados de porotos. Es que desde hacía una semana se había iniciado el juego. Como por arte de magia habían desaparecido los trompos y las bolas, y habían asomado las grandes manadas de porotos de todos los colores.

Caminó una cuadra y llegó hasta la plazoleta de Santo Domingo. Se decidió a cruzarla para sentir muy

de cerca el susurro de las palomas que a esa hora buscaban comida. Le encantaba sentir el alboroto apresurado cuando estaban a punto de ser tocadas por los zapatos, pero el vuelo era muy corto y al instante volvían a posarse entre el confuso montón del resto de aves. Del bolsillo de su mochila sacó migas de pan y las lanzó al aire. Las palomas revolotearon por un momento y luego volvieron a asentarse buscando la comida.

Entre la multitud logró divisar a una que tenía algo en la pata. Parecía un pedazo de hilo. Pensó que podría tratarse de una prisionera que había escapado. La miró. El ave no se movía con la rapidez y seguridad de las otras. Estuvo



tentado a acercarse y tomarla, lo cual habría sido un motivo de frustración porque las palomas nunca se dejan tocar. Siguió mirando y descubrió que tenía un abultamiento. Se acercó más y vio que parecía un papel. De inmediato pensó en las palomas mensajeras. Se acercó un poco más y se inclinó. El ave, curiosamente, no se alarmó y pudo tomarla. La arrimó a su pecho y la besó en la cabeza. Estaba tranquila, entonces la distanció un poco y le miró la pata. Efectivamente, una hebra colgaba de ella, y además había un papel.

Con mucho cuidado abrió el hilo y retiró el pliego. El ave se sintió liberada e hizo presión para escapar. La dejó ir. Con cautela, comenzó a abrir la hoja.



Al tenerla desplegada encontró en el interior un trébol de cuatro hojas, todavía fresco. Ya no le distraían el vuelo de las aves, el susurro ni los aletazos. Unas letras grandes y rojas decían:

**Debes encontrar
un milizho.**